



Ante la «cumbre» iberoamericana de Bariloche

Enrique Warleta *

EN este mes de octubre se celebrará en San Carlos de Bariloche, Río Negro (Argentina), la quinta reunión de la Conferencia Iberoamericana de jefes de Estado y de Gobierno. Esta Conferencia se constituyó en México el 19 de julio de 1991 cuando veintidós mandatarios de los Estados soberanos de América y Europa de lengua española y portuguesa suscribieron la «Declaración de Guadalajara». Celebradas ya cuatro reuniones se puede considerar que ha nacido un nuevo espacio político en el mundo y que los países iberoamericanos han iniciado un serio proceso de integración.

La Conferencia Iberoamericana está integrada por Argentina, Bolivia, Brasil, Colombia, Costa Rica, Cuba, Chile, República Dominicana, Ecuador, El Salvador, España, Guatemala, Honduras, México, Nicaragua, Panamá, Paraguay, Perú, Portugal, Uruguay y Venezuela. Es decir, por los

* Ex subsecretario de la Organización de Estados Iberoamericanos para la Educación, la Ciencia y la Cultura (OEI).

países que forman la «comunidad iberoamericana de naciones», una comunidad que, de hecho, existe, aunque no esté formalmente constituida. Tan sólo faltaría Puerto Rico, cuyo idioma oficial es el español y cuyos habitantes se sienten identificados con su condición de iberoamericanos, aunque no por ello quieran perder su «privilegio» de ser ciudadanos de la Unión (USA), al ser su país un Estado Libre Asociado a los Estados Unidos de América. Puerto Rico está en América, es de lengua española, pero le falta la soberanía.

Hasta ahora se han celebrado cuatro «cumbres» a las que asisten los presidentes de las Repúblicas americanas, que son al mismo tiempo jefes de Estado y de Gobierno, el Rey de España y el presidente de Portugal, en su condición de jefes de Estado, y los jefes de gobierno de España y Portugal. La primera de estas reuniones tuvo lugar en Guadalajara, Jalisco (México), en 1991, la segunda en Madrid (España) en 1992, la tercera en Salvador, Bahía (Brasil) en 1993 y la cuarta en Cartagena de Indias (Colombia) en 1994.

Un proceso de integración

LA Conferencia Iberoamericana de jefes de Estado y de Gobierno es, sin duda, un cauto proceso de integración que se basa en afinidades históricas y culturales y que pretende construir, sin prisas, una Comunidad Iberoamericana de Naciones. A veces, en otro contexto, se firman convenios como el Tratado de Maastricht cuyos objetivos y plazos no se han podido cumplir, lo que ha obligado a convocar para 1996 la Conferencia Intergubernamental que intentará recomponer la Unión Europea.

En México se reunieron —según reza en la «Declaración de Guadalajara»— para «examinar en forma conjunta los grandes retos que confrontan nuestros países», con el propósito de «concertar la voluntad política de nuestros gobiernos para propiciar las soluciones que esos desafíos reclaman y convertir el conjunto de afinidades históricas y culturales que nos enlazan en un instrumento de unidad y desarrollo basado en el diálogo, la cooperación y la solidaridad».

La Conferencia Iberoamericana, que establece un diálogo al más alto nivel, «surge en nuestro espacio político —como consta en el «Documento de Conclusiones» de Madrid— como foro de concertación dotado de

características propias. Trasciende enfrentamientos ideológicos y económicos y, al ser transcontinental, puede tener un efecto positivo para evitar que los bloques económicos regionales evolucionen hacia el proteccionismo».

Superados los dos años, el Rey de España, Juan Carlos I, definió acertadamente estas reuniones en su discurso inaugural de la «cumbre» de Salvador, Bahía, cuando dijo: «Hoy hemos hecho ya del encuentro una costumbre que nos empuja a todos a trabajar en común para defender y proteger lo que nos une. La Conferencia Iberoamericana es ya un espacio político nuevo y un foro original, rico en su pluralidad».

Nada más y nada menos que eso. No se ha querido caminar deprisa; no se ha hablado de suscribir ningún Tratado constitutivo de una Comunidad; ni siquiera organizar un Parlamento Iberoamericano. Parece mejor así, despacio pero sin pausa. De momento sólo existe este foro, este nuevo espacio político sustentado por un grupo coordinador que integran cada año el Estado invitante, los dos que convocaron las anteriores reuniones y los dos que organizarán las siguientes, un representante de Centroamérica y el Caribe, otro europeo y otro de uno de los países miembros del Grupo de Río.

Algunos quieren ir más deprisa, y en los discursos de los debates generales no faltan voces que parecen expresar esta inquietud. La Comunidad Iberoamericana de Naciones está en la mente de todos, porque los países iberoamericanos llevan ya más de ciento sesenta años con aspiraciones de integración. Pero el propósito es primero «avanzar en los proyectos de integración regional y alcanzar la plenitud del desarrollo político, social y económico», de acuerdo con lo que consta en el «Documento de Conclusiones» de la «cumbre» de Madrid.

A este modo de actuar con cautela pero sin desmayo y a esta aspiración largamente sentida, se refirió el Rey de España al inaugurar la reunión de Madrid: «Todo parece concurrir en esta cambiante y compleja década de fin de siglo —dijo— para que los países de la Conferencia Iberoamericana unidos, pues, en una comunidad que abarca dos continentes, podamos poner en práctica de *modo gradual y progresivo* lo que antecesores nuestros intentaron sin que las circunstancias, que no su voluntad, les acompañaran».

Desde la emancipación de América ha habido intentos de integración. José Gervasio Artigas, el libertador uruguayo, concibió una federación de patrias, sin mengua alguna para los pueblos libres llamados a

integrarla y proclamó la ciudadanía americana. Por su parte Simón Bolívar convocó en 1826 el Congreso Anfictiónico de Panamá, que se reunió dos años más tarde y en el que se suscribió el Tratado de la Unión, Liga y Confederación Perpetua por parte de Gran Colombia, México, Perú y Centroamérica.

El Tratado solamente fue ratificado por Gran Colombia y de su fracaso tuvieron la culpa las presiones de Estados Unidos y de Europa y la falta de visión de futuro de quienes tuvieron en sus manos su ratificación por parte de los restantes países. No es cuestión de hacer «historia-ficción», pero otra cosa hubiera sido el destino de los países iberoamericanos si la idea boliviana hubiese cuajado.

Después vinieron los intentos de integración de Lima en 1848, de Santiago de Chile en 1856 y, de nuevo, de Lima en 1865; en todos ellos se suscribieron Tratados similares, que tampoco fueron ratificados, porque evidentemente los países iberoamericanos no estaban preparados para ello y sus políticos de entonces, extraídos de las oligarquías dominantes, no estaban a la altura de Bolívar o de Artigas, o de San Martín y de O'Higgins. Por otra parte, en aquella época no soplaban en el mundo aires de integración y de cooperación.

Además, a los Estados Unidos no le interesaba que lo que había sido una gran colonia se convirtiera en una gran nación que le pudiese hacer la competencia. Ya lo dijo Simón Bolívar en 1829: «Estados Unidos está destinado por la providencia a traer la miseria a América en nombre de la libertad».

A lo largo de estos años los intentos de integración han sido múltiples y variados, incluso a escala subregional: Pacto Andino, Mercosur, SICA, Caricom, etc. Estos intentos subregionales se amparan en tratados suscritos y constituyen procesos de integración en marcha que, aunque se basan en acuerdos comerciales, no descuidan otros aspectos que van más allá del libre comercio y de la supresión de barreras aduaneras. Así, Mercosur está dando importantes pasos hacia la armonización de los sistemas educativos de Argentina, Brasil, Paraguay y Uruguay, y el SICA (Sistema de Integración Centroamericana) tiene también el objetivo de constituir una región de democracia, desarrollo, paz y libertad.

A nivel regional todo empezó en México, lo cual no se explica muy bien porque los mexicanos son más proclives a pretender entenderse con los Estados Unidos y con Centroamérica que con el resto de los países iberoamericanos. Sin embargo, fue Carlos Salinas de Gortari quien con-

vocó la reunión de Guadalajara y lo hizo «sin permiso de nadie», como dijo dos años más tarde Fidel Castro, con el zumbón humor caribeño que le caracteriza.

Pero con anterioridad hubo muchos contactos personales entre diversos presidentes iberoamericanos. Jaime Lusinchi, que fue presidente de Venezuela, declaraba en Madrid en 1986 haber hablado de la posible constitución de una Comunidad Iberoamericana con los colombianos Belisario Betancur y Virgilio Barco, con el argentino Raúl Alfonsín, con el uruguayo Sanguinetti, con el mexicano Miguel de la Madrid y con el brasileño Sarney. «Todos ellos —dijo— están ganados por esta idea y por eso hemos venido trabajando a través de nuestras cancillerías para darle forma».

Aunque en los documentos oficiales no se menciona para nada la Comunidad Iberoamericana, en los discursos presidenciales se la nombra a cada paso, sin que por ello se quiera caminar velozmente hacia su constitución porque antes es preciso corregir importantes defectos y solucionar algunos problemas: la deuda externa, la inflación, los niveles de pobreza, la corrupción, los peligros de involución, las guerrillas, el terrorismo y el narcotráfico, la existencia de «escuadrones de la muerte» (terrorismo de Estado), los conflictos fronterizos y algunas cosas más.

Sin embargo, ya hay signos positivos de solución a muchos de estos males. En el aspecto económico, de la «década perdida» de los ochenta se ha pasado a la «década de la esperanza» de los noventa: la deuda externa se mantiene sin aumentos significativos y algunos países han logrado renegociarla; el IPC ha disminuido, excepto en Brasil y Venezuela, dándose algunos casos espectaculares como son los de Perú que tenía una inflación del 7.649 en 1990 y ha bajado al 20,7 en agosto de 1994, o de Argentina con un descenso para idénticas fechas de 1.344 a un 3,8, o de Nicaragua que pasa de 13.490 al 13,3; el crecimiento del PIB ha sido el pasado año para la región algo superior al 3 por 100; también se mantiene un abundante ingreso de capitales y continúa el proceso de privatizaciones iniciado en algunos países. Es necesario, todavía, que estos signos alentadores se traduzcan en una disminución de los niveles de pobreza y de los índices de desempleo.

A pesar de la bonanza de estos datos de la CEPAL (Comisión Económica para América Latina), los indicadores económicos son tremendamente sensibles a las circunstancias más diversas. Buen ejemplo de ello es

la caída en picado de la economía mexicana, ocurrida a principios de este año, y que —por ello— no está recogida en estos datos.

Aunque la corrupción afecta a otros lugares del mundo, en los países iberoamericanos han sido destituidos y procesados dos presidentes —Carlos Andrés Pérez, en arresto domiciliario, y Fernando Collor de Mello, que finalmente fue absuelto— y se ha abierto un procedimiento judicial contra el ex Presidente Alan García. Por algo se empieza.

Por otra parte, parece que los militares hace tiempo que no se sienten «salvadores de la patria» y no hay —de momento— peligro de involución hacia los regímenes dictatoriales. Los sandinistas en Nicaragua se convirtieron en un partido político, en El Salvador se firmó la paz y el FMLN también se transformó en un partido de la oposición y en Guatemala, en abril de 1995, se llegó a un acuerdo sobre derechos indígenas que desbloquea las conversaciones de paz entre la guerrilla (URNG) y el gobierno. Sendero Luminoso, la banda terrorista peruana, está prácticamente desarticulada, el narcotráfico en Colombia también ha recibido algún que otro golpe y se han firmado numerosos acuerdos para solucionar litigios fronterizos.

A pesar de estos signos positivos todavía hay mucho camino que recorrer para que este proceso de integración no tropiece con dificultades insalvables.

No faltan, sin embargo, voces impacientes como la de Fidel Castro durante su intervención en la «cumbre» de Salvador, Bahía: «No parece haber todavía suficiente claridad sobre lo que debe ser el gran propósito estratégico de nuestros esfuerzos. La cuestión no estriba en que cada país de nuestra área trate de salvarse por sí mismo, porque es un sueño imposible en un mundo dominado hoy por gigantes industriales y políticos. Tenemos necesidad de crear entre todos un gigante para poder desarrollarlo realmente y disfrutar de paz, independencia y seguridad. Ayer fuimos una enorme colonia; podemos ser mañana una gran comunidad de pueblos estrechamente unidos. La naturaleza nos dio riquezas insuperables y la historia nos dio raíces, idioma, cultura y vínculos comunes, que no tiene ninguna otra región de la Tierra».

También es cierto que el conjunto de países iberoamericanos —aunque desde un punto de vista estrictamente conómico, actualmente, su producto bruto se pueda cifrar sólo en un trillón trescientos billones de dólares (1)— si se constituye en una Comunidad de Naciones tendría un

(1) En nomenclatura americana.

potencial importante, con cerca de quinientos millones de habitantes (el 10 por 100 aproximado de la población mundial) que pueblan veinte millones de kilómetros cuadrados, lo que significa un séptimo de la tierra firme; si alcanza un suficiente grado de desarrollo económico, industrial y comercial que se una a los valores que ya posee, sería —sin duda— ese gigante del que hablaba Fidel Castro.

Las bases comunes de identidad

DURANTE las cuatro «cumbres» celebradas se han ido definiendo una serie de principios comunes a los países iberoamericanos, más allá de los lazos históricos, idiomáticos y culturales y del reconocimiento de la pluralidad cultural y de las características nacionales de sus componentes.

Una comunidad de naciones concebida como una «unidad en la diversidad», que apuesta por la democracia, el reconocimiento de la pluralidad cultural y de las características nacionales de sus componentes.

Una comunidad de naciones concebida como una «unidad en la diversidad», que apuesta por la democracia, el reconocimiento de la pluralidad cultural y la existencia del potencial que representan las comunidades indígenas, los derechos humanos y el no al racismo y a la xenofobia, así como el principio de soberanía y de no intervención y el reconocimiento del derecho de cada pueblo «a constituir libremente la paz, estabilidad y justicia, su sistema político y sus instituciones».

Realmente concebir la Comunidad Iberoamericana de Naciones como una «unidad en la diversidad» es una de las cuestiones más sensatas —que no por ser obvio debe olvidarse de decir— que se han expresado en las distintas «cumbres» celebradas. Es reconocer, de modo conciso, las características variadas de los pueblos y las culturas que integran Iberoamérica, aun a pesar de que esta diversidad no se puede comparar ni remotamente a las diferencias que separan a los pueblos ya integrados en la Comunidad Europea.

De entrada hay que decir que es —sin duda— el espíritu democrático de los pueblos iberoamericanos la nota más característica de la identidad política, cultural y social de la región. Y esto es así, a pesar de que en muchos lugares y durante años, en el pasado, los pueblos iberoamericanos hayan estado sometidos al poder de las oligarquías, a dictaduras militares, al intervencionismo de los Estados Unidos y a la opresión de los

militarismos sanguinarios; y de que aún, en el presente, el régimen político cubano no sea democrático.

A la década de los años ochenta se la ha llamado la «década perdida». Pero esto, que es cierto en cuanto al desarrollo económico, no lo es en el terreno de lo político, ya que fue en estos años cuando muchos países pudieron librarse de los regímenes militaristas dictatoriales y acceder a la democracia.

Cada uno de los cuatro documentos oficiales emanados de las «cumbres» celebradas hace mención explícita de la democracia como sistema político que está en la base de la identidad iberoamericana.

La consolidación de los sistemas democráticos en Iberoamérica está íntimamente ligada a la situación social y a la situación económica. «La pobreza crítica —se dice en el «Documento de Conclusiones» de Madrid— puede conducir a la inestabilidad política, con las consiguientes repercusiones sobre la economía». Por su parte, el «Documento Final» de Salvador puntualiza que «la estabilidad política favorece la realización de programas económicos y sociales efectivos». Y añade: «Por el contrario, la ausencia de perspectivas de crecimiento con justicia social dificulta la consolidación de la democracia y la preservación de los derechos humanos».

Si se combate la pobreza crítica, se van resolviendo los problemas estructurales de las poblaciones indígenas y de las poblaciones marginadas con las medidas que van siendo adoptadas, si se fortalece la independencia de los distintos poderes del Estado y si se mejora la economía —como ya se está haciendo— y se combate la corrupción —de lo que ya hay ejemplos significativos—, se habrá terminado con el peligro que representan las «democracias de papel» y se habrá logrado consolidar una de las más importantes señas de identidad de Iberoamérica.

Es de esperar que un sistema democrático digno de este nombre sea capaz de aportar a los países iberoamericanos estabilidad, desarrollo, justicia social y la mejora del nivel de vida de las poblaciones. Si repasamos lo que ha sido la historia de los últimos cien años veremos que los mandatos de las oligarquías, elegidas o impuestas, sólo han conducido a su prosperidad en detrimento de los demás, agrandando el foso que separa a los ricos de los pobres; que las dictaduras militares —sobre todo, las últimas— no sólo no han conseguido el desarrollo nacional, sino que han sembrado la muerte y el odio y crearon la extraña figura de los «desaparecidos»; que las guerrillas aunque algunas hayan conseguido sacudir la conciencia de la

sociedad y algún que otro progreso, lo han hecho a costa de miles de muertos; y que en países con cierta tradición democrática, como Colombia y Venezuela, la alternancia en el poder de los partidos políticos tradicionales lo más que ha conseguido es la sustitución de quienes lo han hecho mal por la esperanza de que los otros lo hagan mejor, sin que los beneficios se vean claramente.

Ultimamente en Iberoamérica han ocurrido ciertos fenómenos políticos que conviene tener presente. En primer término la desaparición en Perú de los partidos políticos tradicionalmente mayoritarios. Mientras en las últimas elecciones uruguayas continúa la alternancia en el poder de los «blancos» y los «colorados», y en Argentina Carlos Menem repite mandato, en las elecciones del pasado mes de abril el 64 por 100 de los peruanos ha votado por el liderazgo personal de Alberto Fujimori, sustentado por un partido de nuevo cuño (Cambio 90-Nueva Mayoría), mientras los partidos Acción Popular y el APRA apenas obtienen votos.

Por otra parte, en México surge un movimiento guerrillero que antes que tomar el poder por la fuerza parece pretender constituirse en un revulsivo que agite la conciencia nacional, adormilada por el prolongado mandato del PRI, para llevar el país a una situación social más justa.

Cooperación para el desarrollo

INTERESA subrayar, antes de mencionar puntos concretos en los que las Conferencias Iberoamericanas han establecido prioridades de cooperación, cuál es el modo de entender una nueva cooperación que favorezca el proceso de integración. En el «Documento de Conclusiones» de la reunión de Madrid, se expresa claramente: «Ante la pobreza, la guerra, la intolerancia, el hambre, la enfermedad, la degradación del medio ambiente y la ignorancia, proponemos una nueva cultura de cooperación internacional como única vía para un mundo justo y estable. Entendemos ésta como una verdadera operación conjunta en la que confluyan intereses y objetivos compartidos entre las naciones de Iberoamérica que trasciendan el simple dar y recibir». Esta cooperación a nivel iberoamericano «no excluye ni sustituye los esquemas de integración y concertación regionales y subregionales» ni, por supuesto, la cooperación de los países iberoamericanos con los de otras regiones del mundo.

A las Conferencias Iberoamericanas se les ha tachado de ser lugares de encuentro inoperantes en los que los mandatarios de los países que las integran pronuncian unos bonitos discursos que no tienen ninguna consecuencia salvo el lucimiento personal.

Sin embargo, esto no es así. Una de las consecuencias prácticas de las «cumbres» fue la firma del Convenio constitutivo del Fondo para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas de América Latina y el Caribe, que ya se ha puesto en marcha gracias a las ratificaciones habidas, a la instalación de su Consejo Directivo y de su Secretaría Técnica y al financiamiento comprometido, sobre todo por el Banco Interamericano de Desarrollo. En la «cumbre» de Cartagena de Indias se reiteró la invitación a los países que todavía no lo habían hecho a ratificar el convenio, cuya primera Asamblea General se convocó en agosto de 1994.

Obviamente, en las reuniones de los máximos mandatarios de los países iberoamericanos se deben tratar todas las variadas cuestiones que afectan a la política de los Estados. Pero, aun así, desde la segunda de las reuniones de la Conferencia Iberoamericana, éstas se han ido especializando de alguna manera. No han sido reuniones monográficas, pero, sin embargo, se ha puesto el acento en algún sector, sin descuidar los restantes.

Respecto de la primera «cumbre», la que se celebró en Guadalajara, México, en 1991, hay que decir que —naturalmente— tuvo por fuerza que ser una reunión en la que se trataran todos los temas importantes en un proceso de integración. Lo más destacado de esta reunión fueron las declaraciones de principios y de política general y, sobre todo, la decisión de los mandatarios iberoamericanos de constituirse en Conferencia Iberoamericana y de volver a reunirse periódicamente cada año.

Bastante importancia se le dio al sector educación en la «cumbre» de Madrid, en la que se pusieron en marcha tres programas concretos: el de televisión educativa, el programa Mutis y el de educación básica. La reunión de Madrid estuvo precedida de una Conferencia Iberoamericana de Ministros de Educación, que se celebró en la ciudad extremeña de Guadalupe y que fue convocada por la Organización de Estados Iberoamericanos para la Educación, la Ciencia y la Cultura (OEI). Las conclusiones de esta reunión de ministros fueron elevadas a la consideración de los jefes de Estado y Gobierno, que hicieron suyas, respaldándolas, las recomendaciones de los ministros referidas a la puesta en marcha de los tres programas mencionados.

Esta cooperación de la OEI, organizando una reunión preparatoria en el tema educativo, continuó al año siguiente con otra Conferencia Iberoamericana de Ministros de Educación, celebrada en Salvador de Bahía, Brasil, unos días antes de la «cumbre», y sus recomendaciones fueron, asimismo, recogidas por los máximos mandatarios. La OEI, organismo intergubernamental constituido por 20 Estados miembros, participa junto con los países del grupo coordinador de las «cumbres» en la comisión encargada de llevar a cabo el programa Mutis y el de educación básica.

Realmente estos tres programas educativos, juntamente con el Fondo para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas, constituyen un ejemplo de resultado práctico de las «cumbres». Y así se reconoce en el «Documento Final» de la reunión de Salvador: «Comienzan así a traducirse en realidades las aspiraciones a una más estrecha colaboración en aquellas áreas, como la educación, que se benefician de la afinidad cultural entre nuestros países».

No hubiera sido posible poner en marcha el programa de televisión educativa de no existir la actual tecnología, que ha sido capaz de poner en órbita el satélite español HISPASAT, a través del cual se iniciaron las emisiones el 5 de julio de 1993. En una primera fase se emitieron programas en período de demostración mientras se negociaba su redifusión a través de los canales de la red terrestre que ya cuenta con una asociación de usuarios con 203 afiliados. Las emisiones están dedicadas a la formación de adultos —con especial énfasis en el medio ambiente, la salud y el entorno social—, a la formación técnica y profesional y a la capacitación y perfeccionamiento de profesores.

A la promoción de postgrados universitarios de excelencia está dedicado el programa Mutis de intercambio de alumnos y profesores. España convocó cuatrocientas becas, de las que la mitad fueron para estudios en centros españoles y la otra mitad para cursarlos en otros países iberoamericanos. México también ofreció otras cuatrocientas becas y Argentina y Brasil participan en el programa, del que ya se ha hecho la segunda convocatoria.

Con el objetivo de reducir el analfabetismo y apoyar la escolarización básica se puso en marcha el tercer programa educativo aprobado en la «cumbre» de Madrid, dirigido a las dos áreas en las que el problema parezca más crítico. Se han escogido El Salvador y la República Dominicana. En el mes de junio de 1993 se suscribió el convenio de colaboración

entre España, El Salvador y la OEI para comenzar a finales del año la actuación en la zona de Cabañas, una de las más castigadas por la guerra, previa realización de un censo, el diseño de materiales didácticos y la capacitación de docentes. En el mes de mayo de 1993 se iniciaron en Santo Domingo las sesiones de trabajo para poner en marcha el programa en la República Dominicana. Ambos programas se desarrollan a lo largo de tres años.

Igual que ocurrió en la «cumbre» de Madrid, la reunión de Salvador tuvo también su especialización: se dedicó al examen del tema del desarrollo, con énfasis en el desarrollo social, que incluye acciones dirigidas a mejorar la distribución del ingreso, erradicar la pobreza e incrementar y dar prioridad al gasto social en función de las necesidades básicas en salud, educación y seguridad social.

De hecho, el tema del desarrollo económico ha estado presente en las tres reuniones de la Conferencia Iberoamericana porque la economía es pieza fundamental en cualquier proceso de integración y desarrollo. Pero en 1994, en la reunión de Cartagena de Indias, Colombia, volvió a ser la economía el aspecto en que se puso mayor énfasis.

La «cumbre» de San Carlos de Bariloche también se especializará un tanto en educación. Irá precedida de otra Conferencia Iberoamericana de Ministros de Educación, organizada también por la OEI, que ha tenido lugar en Buenos Aires los días 7 y 8 de septiembre y que ha considerado el tema de la educación como factor del desarrollo económico y social.

Es posible que si este espacio político se consolida, como lleva camino de hacerlo, pueda abrirse paso en el concierto mundial una Comunidad «fundada en la idea de la dignidad e igualdad de sus diversas culturas y en una concepción integral y liberadora del hombre y la sociedad, como creadores de su destino», lo cual constituye una forma de pensar y de ser que sería altamente beneficiosa para el mundo en que vivimos. Ya lo dijo Violeta Chamorro en la «cumbre» de Madrid: «Vamos a poner en práctica aquí, sin retóricas, aquella demanda de una profecía de nuestro Rubén Darío, «únanse, brillen, fecúndense tantos vigos dispersos», con el convencimiento de que esta unidad, por tantos años desperdiciada, tiene un peso tremendo para equilibrar las fuerzas de la historia contemporánea».